

## La columna del director

**E**n su documentada biografía de Guillermo Pitt, conde de Chatham (1708-1778), el célebre Tomás Babington Macaulay nos recuerda, al aplicarlo a la política inglesa, el capítulo XXIV del *Infierno*, en el poema de Dante. En Malebolge, anota el autor de la *Divina Comedia*, registróse una lucha extraña entre un ser de forma humana y una serpiente. Hiriéronse hasta quedar inmóviles y contemplarse amenazadoramente. Después, entre una densa nube de polvo advertiríase apenas la increíble metamorfosis de los contendientes, cuyos sendos cuerpos adoptaban, cada uno, la figura del otro: “la cola de la serpiente se dividió en dos piernas”, escribe Lord Macaulay “las piernas del hombre se retorcieron y formaron una cola; dos brazos salieron luego del cuerpo de la serpiente; los del hombre se ocultaron en su cuerpo; después la serpiente se levantó hecha hombre y habló, y el hombre trocado en serpiente dio consigo en el suelo, y culebreando y lanzando silbidos se alejó del lugar de la batalla”. Tal fue, añade el estudioso británico, la transformación verificada... durante el reinado de Jorge I entre los dos partidos, pues cada uno revistió con poca diferencia la forma y color de su enemigo, según el caso del *tory* y del *whig*, en los primeros años de la dinastía Brunswick.

Muy agudos suelen ser los daños de la incertidumbre no necesaria y del disfraz del pensamiento cuando se trata de los problemas nacionales, pues el engaño y la simulación en su examen son negaciones de los deberes morales y faltas de responsabilidad ante el pueblo. Igual ahora que en el pasado, como sucedió, por ejemplo, en 1910, o en las luchas por la autonomía, hacia 1929, y en los agitados años del socialismo y la libre cátedra, en 1933, los universitarios tendremos que esclarecer conceptos y despejar sin temor alguno los obstáculos que dificultan u obliteran la elevación y perfeccionamiento de la vida académica. En estos delicados asuntos hállase comprometido el porvenir de la nación y de su universidad.

Evitemos los mexicanos que en nuestra patria los hombres háganse serpientes y las serpientes hombres, conforme a la estremecedora visión alighieriana del amante de Beatriz. ◇

Horacio Labastida